

VIOLENCIA E IDENTIDAD

Mercedes Fernández-Martorell

Profesora Titular de Antropología Social y Cultural
de la Universidad de Barcelona

Barcelona, 11 de noviembre de 2009

Gracias por invitarme a presentar esta breve ponencia y especialmente al Señor Bartolomé Masoliver. El prestigio del Club de Roma lo reconozco desde cuando era muy joven, cuando en 1972 publicaron el brillante e innovador informe que realizó Donella Meadows ya que motivó que mantuviera sobre aquel tema interesantes discusiones. Es un honor estar entre ustedes, además, porque celebran estos encuentros en el Círculo Equestre de Barcelona lugar al que para las mujeres no ha sido fácil el acceso.

Voy a hablarles sobre la violencia entre hombres y mujeres y sobre la que ejercen algunos grupos de jóvenes. Comienzo por la violencia que se ejerce entre hombres y mujeres y que a mi entender está relacionada con cómo los humanos autoconstruimos nuestra identidad individual y colectiva. Les hablo desde la convicción - imagino que muchos de ustedes la comparten- de que los seres humanos nacemos sin significado, es decir, que nadie nace sabiendo que es un hombre o conociendo que va a ser definida como una mujer. Son los adultos que nos acogen quienes nos informan sobre tal diferencia y sobre cómo debemos representarla y reproducirla. En fin, nacemos desconociendo todo absolutamente sobre cómo vivir en sociedad. Y sucede así porque a diferencia de otras especies animales, los humanos nacemos desprovistos de información genética sobre cómo y qué debemos hacer para sobrevivir individual y colectivamente, así



cómo y qué hacer para que nuestro pueblo perviva a lo largo de los siglos.

Esta situación de nuestra especie es muy interesante porque, en definitiva, es la que permite construir nuestro propio significado como especie; significado que queda definido a partir de las prácticas y actividades sociales que ejercemos. Y como todos sabemos nuestro significado lo construimos no sólo por medio de nuestras ideas y de lo que pensamos sino, sobre todo, por las prácticas socioculturales que ejercemos.

Bueno, la verdad es que hablar de leyes sociales desde la antropología —que es desde donde hablo— supone mencionar lo implícito, lo no aparente en nuestras actividades. Es verdad que a veces al reflexionar sobre las prácticas socioculturales que ejercemos los humanos caemos en un estrepitoso etnocentrismo, es decir, reflexionamos cualquier actividad social desde nuestra propia visión del mundo. Estoy hablando de asuntos como, por ejemplo, el que les ocurrió a unos indios de Norteamérica cuando fueron visitados por conquistadores ingleses. Tenemos noticia de que aquellos ingleses

acudieron a aquellas tierras y se retiraron al llegar el invierno diciendo que regresarían al verano siguiente.

Los indios temiendo ser invadidos por los extranjeros decidieron intentar congratularse con aquellos invasores así que se pusieron a pensar sobre cómo hacerlo. Hubo alguien que se le ocurrió una genial idea: «Hombre, vemos que estos hombres lo que hacen todo el rato es meterse la mano en el bolsillo, sacar un trozo de tela, sonarse y guardarse los mocos cariñosamente. Por tanto lo que debe ocurrir es que ellos adoran los mocos. Vamos pues a reunir durante estos meses de invierno nuestros mocos y se los obsequiamos cuando regresen en verano». Y así lo hicieron. Es evidente que aquellos indios hicieron una lectura etnocéntrica de una práctica inglesa, la de sonarse; es decir, leyeron aquel comportamiento desde su propia tradición y punto de vista.

De hecho, el primer trabajo de campo que realicé hace bastantes años fue sobre los judíos, aquí, en Barcelona, en España. Y haciendo aquel trabajo cometí un error etnocéntrico garrafal. Cuando llevaba ya mucho tiempo y habiendo realizado mucho trabajo de campo creí conocer bastante la cultura judía y decidí pasar una encuesta abierta a un número elevado de sus miembros. Lo que sucedió fue lo siguiente. Comencé a realizar aquellas entrevistas y resultaba que cuando llegaba a la pregunta 23 —o no recuerdo exactamente qué número era— le decía al entrevistado: «Oye, Abraham —por ejemplo—, o Saúl, o Raquel —da lo mismo—, cuando tú mueras, ¿quién quieres tener cerca de ti?». Hacía la pregunta y se producía un total mutismo. Y entonces, como la metodología exige no cambiar la pregunta volvía a repetir: «No, no, te decía que cuando tú mueras ¿A quién quieres tener cerca de ti?». Debo confesar que como entonces acababa de ser madre y tenía mucho trabajo, no llegaba casa y transcribía las entrevistas sino que esperé un tiempo a hacerlo. Cuando ya llevaba realizadas treinta o un número similar comencé a transcribirlas. Inmediatamente pude observar que

pasaba algo extraño con aquella pregunta. Siempre se producía un largo silencio en la respuesta. Así que lo que hice fue intentar comprobar qué sucedía si les preguntaba lo mismo a personas formadas dentro de mi tradición católica. Tomé una muestra de personas equivalente a la de los judíos y les hice la misma pregunta –por cierto era una situación difícil porque no gusta hablar sobre la muerte-. Bueno acudía a sus casas y les decía: «Perdona, te voy a hacer una pregunta difícil, pero bueno, disculpa: Cuando mueras, ¿a quién quieres tener cerca de ti?». Y resultó que contestaban perfectamente, tal y como yo esperaba, decían: «Pues a mi esposa,... compréndelo, a mis hijos». Contestaban muy bien. En realidad, ese error propició que realizara importantes reflexiones sobre el objeto de estudio. De hecho comprobé que cuando los católicos hablaban de la muerte estaban agonizando, no estaban muertos; mientras que cuando se lo preguntaba a una persona judía ellos estaban muertos o de lo contrario estaban hablando de la Hevra Kadisha. En fin, no es oportuno extenderme en explicaciones pero lo que sí quedo claro fue que ambas tradiciones tenían tiempos de muerte diferentes. Ahora bien, lo relevante aquí es que realicé una pregunta etnocéntrica.

Para intentar controlar esas situaciones y confusiones lo que hacemos desde la antropología es crear teoría y a partir de ella reflexionar. En mi caso he elaborado la teoría de la Se-mejanza que es un instrumento teórico y metodológico que permite analizar los procesos de construcción de identidad de nuestra especie. Cómo y qué hacemos para construir nuestro significado de humanos.

Bueno, de lo que quería realmente hablarles era sobre las relaciones violentas entre hombres y mujeres; en concreto sobre por qué algunos hombres maltratan e incluso matan a la pareja.

En primer lugar quiero recordarles que los adultos de la sociedad en la que nacemos nos transmiten las leyes sociocul-

turales que tienen acordadas para vivir en sociedad y cada nuevo protagonista cuando nace las debe aprender. Sabemos que en primera instancia se nos enseña lo que debemos hacer para ser reconocidos como verdaderas mujeres o como verdaderos hombres. Tradicionalmente a las mujeres se les ha enseñado que deben transmitir a los hijos las pautas de comportamiento establecidas; y además a ser sumisas a la pareja. Cumpliendo todos esos mandatos las mujeres adquieren la identidad de verdaderas y buenas mujeres. Es evidente que las mujeres no nacen sumisas sino que se les enseña a serlo.

Por el contrario, a los hombres, tradicionalmente, se les ha enseñado que tienen a su cargo el generar y repensar las leyes socioculturales de su sociedad. De hecho ellos han sido los que las han representado y defendido incluso guerreando. En relación a la pareja a los hombres se les ha inculcado que deben dominarla, es decir, que tienen a su cargo el que la pareja mujer reproduzca y transmita las costumbres, fórmulas y leyes sociales tal y como los hombres las han acordado. Es evidente que los hombres no nacen dominadores sino que se les enseña a serlo.

Quiero recordar que tal consideración de verdadero hombre se adquiere gracias al grupo de hombres que cada uno utiliza como referente. Si dicho grupo le tacha de calzonazos, blando o como un *mandilón*, como dicen los mejicanos: «Eres un mandilón» —alguien que lleva el mandil— el hombre en cuestión siente que se le está desposeyendo de su masculinidad. El rechazo de los demás hombres, provoca que sienta que su hombría está puesta en evidencia lo que le provoca un sentimiento de vacío de su identidad como hombre. Es entonces cuando comienza el verdadero proceso del maltrato a la pareja ya que culpa a la mujer de tal vacío y no se culpa a sí mismo por sostener su idea de que para sentirse como un verdadero hombre necesita dominarla.

En la actualidad muchas pautas de comportamiento sobre las relaciones entre los sexos han sido modificadas y en gran medida gracias a los movimientos feministas. De tal manera que aunque muchos hombres han modificado su manera de relacionarse con la pareja, otros consideran que sólo son unos verdaderos hombres cuando obligan a cumplir sus mandatos a la pareja y ellas les obedecen con sumisión.

Entiendo que la actual violencia masculina sobre la pareja debemos reflexionarla en este marco tan general que acabo de presentarles y sobre lo cual podemos hablar después de presentarles brevemente la cuestión que les anunciaba de los jóvenes y su agresividad.

Philip Zimbardo, es profesor de psicología de la Universidad de Stanford y en 1972, hizo una investigación para intentar responder a la pregunta de si realmente todos los seres humanos somos agresivos o no. Para ello seleccionó a un grupo de sus estudiantes. Todos aquellos que él consideraba que eran personas correctas, sanas y educadas. Los metió a todos en una cárcel después de haberles preparado para su experimento. A unos les adjudicó el papel de carceleros y a otros el papel de reclusos. Comenzaron a convivir y al cabo de muy poco tiempo tuvo que acabar el experimento porque los jóvenes que actuaban como carceleros comenzaron a ser sumamente agresivos con sus compañeros que actuaban como presos (todo era ficción). En fin, llegó a la conclusión de que todos podemos ser agresivos dependiendo del contexto en el que nos encontremos. Así que, en efecto, todos nos vamos a defender si nos agreden y, por tanto, todos podemos llegar a ser agresivos.

Lo que quiero señalar sobre ese experimento es que no tuvo en cuenta la relación entre la pérdida de identidad y agresividad de aquellos alumnos. Por pérdida de identidad entiendo perder el significado de quiénes somos. Y seguramente los actores de aquel experimento padecieron precisamente una pérdida de significado, es decir, que comenza-

ron a confundir los papeles que representaban antes del experimento: estudiantes brillantes. Eso lo que propició fue falta de autoestima, respeto y consideración de unos hacia los otros y, en definitiva, hubo una pérdida de lógica de sentido en sus relaciones.

Teresa Caldeira es una profesora de la Universidad de Berkeley que ha trabajado sobre el tema de la agresividad, sobre todo y fundamentalmente en Estados Unidos y Sao Paulo. Ella plantea cómo la agresividad se ha dado sobre todo en los años 80 y 90 entre los jóvenes de la calle y cómo ahora es menor, a pesar de que en el año 2007 en Sao Paulo entre policías y los enfrentamientos entre los mismos jóvenes murieron 600 jóvenes. Caldeira plantea que en aquellos años lo que sucedía, sobre todo, era que en las relaciones entre los jóvenes y la sociedad interfería el *crack* y otras drogas, es decir, que existía el crimen organizado y eso era lo que provocaba realmente aquellas muertes y no el que se tratara de jóvenes agresivos.

Hace unos 5 ó 6 años un bufete de abogados me pidió que informara sobre un crimen que hubo aquí, en Barcelona, a la salida de una discoteca. Asesinaron a un chico de diecinueve años un grupo de cuatro jóvenes que ni lo conocían. Me pidieron que informara como antropóloga (me han pedido algunas veces que informe en distintos juicios). Analizando la situación lo que observé era que aquellos jóvenes, en concreto el que mató al joven, en realidad, era un chico que no llegaba a dieciocho años y como sabemos en nuestro código penal su edad le exime de la cárcel. Lo que concreté, en definitiva, fue lo siguiente. El joven que asesinó lo que hizo fue ejecutar un ritual de iniciación para acceder a ser un miembro más de aquel grupo de personas ya adultas que se dedicaba a vender droga. La muerte de aquel joven se debió a la realización de un ritual de adscripción de otro joven a su grupo.

Lo relevante de este caso que acabo de mencionar es que estamos hablando de cómo los humanos nos adscribimos a

nuestra sociedad adquiriendo y aplicando las prácticas socioculturales que nos imponen los protagonistas de nuestro entorno. Y es importante saber que la cohesión social se genera estableciendo diferencias entre los protagonistas que participan. Los jóvenes, por ejemplo, de grupos como el del hip-hop o del rap o de los grafiteros no se cohesionan por ser actores que pertenecen a una misma clase social -aunque por supuesto existan-. No, no, se cohesionan internamente estableciendo diferencias entre ellos a partir, por ejemplo, de una música, una forma de bailar, una manera de vestirse, etcétera. De hecho, generando una manera singular de adscripción lo que provocan es que el grupo adquiera gran fuerza.

Es muy importante, entiendo, el hecho de que en la actualidad millones de jóvenes se organizan no sólo al margen de las leyes socioculturales de los adultos de su sociedad, sino que muchas veces se enfrentan a esas leyes demostrando que no pretenden reproducir el orden heredado. Manifestando una renuncia clara a reproducir ese modelo. En muchos casos actúan como respuesta, por ejemplo, son antirracistas, o contrarios a distintas marginaciones aceptadas por los adultos y rechazando prácticas poco éticas del mundo de los adultos. Los jóvenes de grupos de hip-hop, por ejemplo, en Estados Unidos, en estos momentos, son muy agresivos y, sin embargo, en España es un grupo sumamente pacifista. En el mundo de los *graffitis*, los grafiteros son aquellos jóvenes que ponen su marca, que todos vemos su firma por toda la ciudad. En realidad, se trata de jóvenes que quieren existir, que quieren decir que están ahí. No ponen su nombre, ponen una firma, su marca y la van distribuyendo por toda la ciudad para decir: «Aquí estoy» como reclamo de la marginación que padecen.

En la actualidad muchas obras de los grafiteros están expuestas en los museos como, por ejemplo, el MoMA ya que se consideran obras de arte. Es decir, se trata de una práctica que explica cómo los adultos intentan acercarse a esos

jóvenes contestatarios, a los que ponen en entredicho el significado que les queremos dar como humanos, como futuros hombres.

En definitiva, aquí, de lo que acabo de hablar muy sintéticamente es de los procesos de construcción y recreación de las identidades colectivas e individuales y de algunos de los problemas que acarrea el tener que autoconstruirnos el significado de humanos. A mi entender se trata de una cuestión fundamental el cómo lo hacemos. Diría más, se trata de procesos y recreaciones que deberían ser eje de la historia de los pueblos ya que implica a las cosmologías, a las creencias y a toda práctica social.

Nada más. Muchas gracias. Ahora podemos intercambiar reflexiones.